



OPINIÓN

Zedillo: Afirmaciones estridentes

Por Pablo Cabañas ▶ 3

OPINIÓN


 POR PABLO
CABAÑAS DÍAZ

justicia prevalece sobre cualquier otro interés.

La paradoja mexicana es que, en lugar de sostener la justicia, las élites la sacrificaron en el altar del mercado.

Bajo ese prisma debe leerse la conversación sostenida el pasado 14 de septiembre entre Juan Luis Cebrián, fundador de El País y figura central del Grupo PRISA, y Ernesto Zedillo, expresidente de México y hoy convertido en oráculo de la decadencia democrática.

Zedillo lanzó una sentencia estridente: "declaro difunta la democracia mexicana".

No fue un exabrupto ni una ocurrencia efectista: fue la pieza central de un alegato en que acusó a Morena de haber capturado los poderes legislativo y judicial en un "golpe de Estado silencioso".

Sin embargo, la contundencia de su diagnóstico se vuelve paradójica, incluso cínica, cuando se recuerda que el propio Zedillo fue uno de los arquitectos de la degradación que hoy denuncia. Fue él quien en 1995 pactó con el FMI y el Tesoro estadounidense un rescate financiero que hipotecó la soberanía económica del país; fue él quien convirtió el Fobaproa en deuda pública que aún asfixia a generaciones; fue él quien consolidó un modelo neoliberal que multiplicó la desigualdad y desfondó al Estado social.

Hoy habla de democracia capturada, pero en su sexenio el Estado quedó cautivo de los intereses financieros y corporativos.

Cebrián, desde Europa, advierte que lo ocurrido en México no es un caso aislado.

La erosión de la democracia liberal se repite con distintos rostros: el populismo en Venezuela, el iliberalismo en Hungría, el trumpismo en Estados Unidos.

En todos los casos, la secuencia es la misma: líderes que llegan por las urnas y vacían las instituciones desde dentro.

Zedillo lo resume con crudeza: "los golpes de Estado son ahora sin tanques, disfrazados de democracia".

Pero esa definición lo persigue como un espejo: su gobierno también fue un "golpe

Zedillo: Afirmaciones estridentes

//Fiat iustitia, ruat caelum" —que se haga justicia, aunque se desplome el cielo—, afirmaban los juristas romanos para recordar que el orden político sólo puede sostenerse cuando la

sin tanques", que en nombre de la estabilidad despojó al Estado de justicia social y transfirió poder real a los mercados.

Ese fue el sello del neoliberalismo zedillista: gobiernos que hablaban de democracia mientras subordinaban la política al capital financiero.

El verdadero "golpe silencioso" en México no se inició con Morena, sino en los noventa, cuando la justicia fue relegada y el mercado se convirtió en árbitro supremo.

El exmandatario reconoce ahora, con lucidez tardía, que la política prohibicionista contra las drogas —dictada por Washington— fracasó.

Habla de salud pública, de una estrategia agotada. Pero durante su sexenio reforzó esa misma subordinación, alineando la política mexicana a los intereses estadounidenses.

Lo mismo ocurre con su crítica al debilitamiento del multilateralismo: denuncia la ley del más fuerte, pero fue él quien en su gobierno subordinó a México al poder financiero internacional, profundizando la dependencia que hoy deplora.

En esta conversación, tanto Zedillo como Cebrián se colocan como testigos neutrales de la decadencia democrática.

Pero lo que callan es decisivo: ambos son protagonistas de esa decadencia.

En México, las privatizaciones, los rescates bancarios y el desmantelamiento del Estado social abrieron la puerta a la narrativa del populismo que hoy condena Zedillo.

En Europa, las políticas de austeridad avaladas por periodistas como Cebrián allanaron el camino a las fuerzas liberales que ahora inquietan

La contundencia de su diagnóstico se vuelve paradójica, incluso cínica, cuando se recuerda que el propio Zedillo fue uno de los arquitectos de la degradación que hoy denuncia. Fue él quien en 1995 pactó con el FMI y el Tesoro estadounidense un rescate financiero que hipotecó la soberanía económica del país; fue él quien convirtió el Fobaproa en deuda pública que aún asfixia a generaciones...

al viejo continente.

No son observadores inocentes: son parte de la élite que en nombre de la modernización traicionó el pacto democrático.

La paradoja es que quienes socavaron las bases de la justicia social se presentan ahora como defensores de la democracia.

Zedillo declara muerta a la democracia mexicana, pero fue él quien envenenó sus cimientos con un modelo económico que deshizo el tejido social.

Su frase final —"la democracia mexicana tendrá que volver a nacer"— suena hueca en su boca, porque no basta con un renacimiento institucional: se requiere rehacer la justicia social que él mismo demolió.

El viejo aforismo latino resuena con fuerza frente a su legado: Fiat iustitia, ruat caelum.

Pero en los años noventa, Zedillo eligió lo contrario: preservar al sistema financiero aun a costa de sacrificar la justicia.

En México, la democracia no murió por un partido que concentró poder, sino porque sus élites la vaciaron de contenido, reduciéndola a procedimiento mientras entregaban el destino de millones a las leyes del mercado. Zedillo fue uno de esos ejecutores.

Que ahora se proclame profeta del derrumbe democrático no es más que ironía histórica: el sepulturero pretende oficiar como guardián de la tumba.

*pcdmx2025@proton.me



Foto Cuartoscuro